

CAPITULO III.

RELIGION PERUANA.—DEIDADES.—Suntuosos TEM-
PLOS.—FIESTAS.—VIRGENES DEL SOL.—CASAMIENTOS.

Es un hecho notable que una gran parte de las tribus incultas que habitaban el vasto continente americano, por mas supersticiones ridículas que hubiesen introducido en otros puntos de su creencia, alcanzaron el conocimiento de un Grande Espíritu, Creador del universo, que siendo inmaterial por su propia esencia, no debía injuriarsele tratando de revestirle de formas visibles; ni encerrar tampoco en los estrechos muros de un templo al que con su inmensidad llenaba todo el espacio. Estas elevadas ideas, tan superiores á los alcances de una inteligencia sin guía, no parece, sin embargo, que produjesen en la práctica las consecuencias que debían esperarse: pocas naciones de la América se manifestaron muy solícitas de la conservacion de un culto religioso, ni se vé que sus creencias fuesen el móvil que les impulsase á obrar.

Mas con los progresos de la civilizacion, fue-

ron despertándose poco á poco ideas mas conformes á las que tienen las naciones cultas: proveyeron con mano franca para el sosten de un culto religioso, y destinaron un cierto número de personas, formando de ellas una clase separada, para que desempeñasen las ceremonias establecidas, que en lo complicado y pomoso no temian entrar en comparacion hasta cierto punto, con las que usaban las naciones mas cultas de la cristiandad. Así sucedia entre los pueblos que habitaban las llanuras de la América Setentrional; entre los naturales de Bogotá, Quito, y otras regiones elevadas del continente austral, y sobre todo, entre los Peruanos, quienes atribuian á los fundadores de su imperio un origen divino; cuyos estatutos llevaban el sello de la divinidad, y cuyas leyes interiores, así como sus guerras extranjeras, se dirigian á mantener y propagar su religion. Esta era el fundamento de su política, y como una condicion inseparable de su existencia social. El gobierno de los Incas no era en su esencia mas que una pura teocracia.

Sin embargo, aunque en la teoría, así como en la práctica, de su sistema político, hacia la religion un papel tan notable, su mitología, es decir esas fábulas tradicionales con que pretendian explicar los misterios del universo, eran sumamente pobres y pueriles. Si se exceptúa la que trata de los divinos fundadores de su imperio, que

es muy hermosa, apenas se hallará una de sus tradiciones que merezca mencionarse ó que ayude algo á aclarar sus antigüedades, ó la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de alguna importancia, se encuentra la del diluvio, que tenían á semejanza de tantas otras naciones de todas las partes del mundo, y que referían con algunos pormenores parecidos á los de una leyenda mejicana.¹

Sus ideas respecto á una vida futura, son mas dignas de atencion. Admitían la existencia del alma despues de la muerte, y juntamente creían en la resurreccion de los cuerpos. Señalaban dos lugares separados para habitacion de los buenos y de los malos, destinando á estos últimos el centro de la tierra. Creían que los buenos pasaban una vida voluptuosa y tranquila en medio del ocio y del descanso, que era todo lo que alcanzaban sus mas elevadas ideas de la felicidad. Los malos tenían que expiar sus crímenes por siglos de trabajos forzados. A estas creencias añadian la de un mal principio ó espíritu, cuyo nombre era Capay, al cual nunca trataron de

¹ Contaban que despues del diluvio, salieron siete personas de una cueva en donde se habían salvado, y volvieron á poblar la tierra. Una tradicion de los Mexicanos atribuía igualmente su origen y el de las tribus compañeras, á siete personas que salieron de otras tantas cuevas de

Aztlan. (Conf. Acosta, lib. 6, cap. 19; lib. 7, cap. 2.—Ondegardo, Rel. Prim, MS.) La historia del diluvio se halla referida con muchas variaciones en los diversos escritores, no siendo difícil descubrir en algunas los remiendos de los convecos.

aplacar por medio de sacrificios, y que parece haber sido una imperfecta personificacion del pecado, que ejercía muy poca influencia en su conducta.²

Esta creencia de la resurreccion de los cuerpos dió ocasion al empeño con que trataron de conservarlos, por un método muy sencillo, y en nada parecido al prolijo embalsamamiento de los egipcios, el cual consistía en esponer el cadáver á la accion del aire, que en aquellas montañas es sumamente seco, frio y rarificado.³ Como creían que las ocupaciones de la vida futura eran muy semejantes á las de esta, enterraban con los nobles que morían una parte de sus vestidos, sus muebles y muchas veces sus tesoros, completando la triste ceremonia con el sacrificio de sus mugeres y criados favoritos, para que le hiciesen compañía, y le sirviesen en las felices regiones de la eternidad.⁴ Levantaban sobre los sepuleros unos terraplenes ó montículos de figu-

² Ondegardo, Rel. Seg., MS. —Gomara. Hist. de las Ind., cap. 123.—Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 2, cap. 2, 7.

³ Tal parece ser á lo menos la opinion de Garcilaso, aunque algunos escritores hablan de resinas y otros ingredientes para embalsamar los cuerpos. El aspecto de las momias reales halladas en el Cuzco, segun le describen Ondegardo y Garcilaso, hace muy probable que no se empleaba para su conservacion ninguna substancia extraña.

⁴ Ondegardo, Rel. Seg., MS.

ra irregular y á veces oblonga, atravesados por galerías que se cortaban en ángulos rectos. Se ha encontrado en ellos gran número de cuerpos secos ó momias, á veces en pié, pero con mas frecuencia sentados en la postura propia de los indios de ambos continentes. Hânse hallado á veces tambien inmensos tesoros en estos monumentos, lo que ha despertado la codicia de otros especuladores para repetir las escavaciones con esperanzas de igual fortuna. Este era un juego de lotería como el de buscar minas; pero que resultó mas desventajoso para los jugadores. ⁵

Los Peruanos, como tantas otras naciones indias, reconocian un Ser Supremo, creador y Gobernador del Universo, que adoraban bajo los nombres de Pachacamac y Viracocha. ⁶ A este

El Licenciado dice que esta costumbre continuó aun despues de la conquista, y que él habia salvado la vida á mas de uno de estos domésticos, que habia acudido á él para que le protegiese, cuando iban á sacrificarle á los manes de su difunto señor.

⁵ Sin embargo, estas minas sepulcrales pagaban á veces el trabajo de la escavacion. Sarmiento dice, que con los nobles se enterraba algunas ocasiones una cantidad de oro del valor de 100,000 castellanos. (Relacion, MS., cap. 57;) y Las Casas, aunque no es la mejor autoridad en tratándose de números, refiere que en los veinte años siguientes

á la conquista, se sacaron de las tumbas de los alrededores de Trujillo, tesoros valiosos en mas de medio millon de ducados (cervés, éd, par Llorente, (Paris, 1822.) tom. II, p. 192.) El baron de Humboldt visitó en el mismo punto el sepulcro de un príncipe peruano, del cual sacó un Español en 1576 una cantidad de oro del valor de un millon de pesos. Vue des Cordillères, p. 29.

⁶ Pachamac significa "el que mantiene ó da vida al universo." El nombre de esta deidad se expresa á veces combinando las dos palabras Viracocha y Pachacamac. (V. Balboa, Hist. du

ser invisible no alzaron ningun templo, escepto uno en el valle que tenia el mismo nombre de aquella deidad, no lejos de la ciudad de Lima; y aun este existia ya antes de que los Incas sujetasen aquel pais, siendo un lugar muy frecuentado por los peregrinos indios que venian de los puntos mas distantes; circunstancia que induce á sospechar, que si bien por un efecto de su flexible política, los príncipes peruanos fomentaron la adoracion de este Grande Espíritu, no fué establecida por ellos. ⁷

La deidad cuyo culto se recomendaba con mas empeño, sin que dejasen jamas de establecerlo quiera que penetraban sus estandartes victoriosos, era el Sol. El regia mas de cerca los destinos de los hombres, daba luz y calor á todas las naciones, y vida á los vegetales; le reverenciaban como padre de su dinastia real y fundador de su imperio, y sus templos se levantaban en todas las ciudades y casi en todos los pueblos, en la inmensa estension del imperio, sin que dejasen de humear en sus altares los holo-

Pérou, chap. 6.—Acosta, lib. 6, cap. 21.) Un antiguo Español encuentra en el significado comun de *Viracocha*, "espuma del mar," un argumento para atribuir el origen de la civilización peruana á algun viajero que vino del Viejo Mundo. Conq. i Pob. del Piru, MS.

Conq., MS., cap. 27. Ulloa da noticia de unas estensas ruinas de ladrillo, que denotan probablemente el lugar del templo de Pachacamac, cuyo estado actual atestigua su antigua magnificencia y solidez. Memoires Philosophiques, Historiques, Physiques, (Paris, 1787,) trad. Fr. p. 78.

⁷ Pedro Pizarro, Descub. y 78.

caustos; especie de sacrificio usado tan solo por los Peruanos entre las naciones semicivilizadas del Nuevo Mundo.⁸

Ademas del Sol tenian los Incas otros objetos de adoracion, que de un modo ó de otro tenian relacion con esta deidad principal. Tales eran la Luna, su hermana y esposa, y las estrellas, que veneraban como parte de la comitiva de ésta, aunque á Venus, la mas hermosa de todas, que los indios llamaban Chasca, ó "la de cabellos largos y crespos," la consideraban como paje del sol, pues que le sigue tan de cerca al salir y ponerse. Dedicaron tambien templos al trueno y al relámpago,⁹ los que miraban como unos temibles ministros del Sol, y al Arco-Iris, que adoraban como una emanacion de su gloriosa deidad.¹⁰

8 A lo menos así lo dice el Dr. Mc. Culloh, y no puede desearse mejor autoridad en tratándose de antigüedades americanas (Researches, p. 392), aunque pudiera haber incluido tambien á las naciones bárbaras.

9 Los Peruanos espresaban el trueno, el relámpago y el rayo con solo la voz *Illapa*. De aquí dedujeron los Españoles que los naturales tenian conocimiento de la Trinidad. "El diablo hurtaba de la verdad todo lo que podía," esclama Herrera lleno de santa indignacion. (Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 5). Garcilaso se burla de estas deducio-

nes y de otras aun mas atrevidas (V. Acosta, lib. 5, cap. 28), calificándolas de invenciones de los indios recién convertidos que deseaban agrandar á sus maestros cristianos (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 5, 6; lib. 3, cap. 21.) La impostura por una parte y la credulidad por otra, han producido una abundante cosecha de absurdos, que han recogido con todo esmero los piadosos anticuarios de las generaciones siguientes.

10 La asercion de Garcilaso (Com. Real., Parte 1, lib. 2, cap. 1, 23.), de que los cuerpos celestes eran objeto de veneracion co-

Ademas de éstas, incluyeron los súbditos de los Incas en el número de las deidades inferiores, muchos objetos naturales, como los elementos, los vientos, la tierra, el aire, las grandes montañas y rios, que les infundian ideas de sublimidad y poder, ó que suponian egercer de un modo ú otro, una misteriosa influencia en los destinos del hombre.¹¹ Adoptaron tambien una opinion, no del todo desemejante á la de algunas escuelas de la antigua filosofia, y era que todas las cosas de la tierra tenian su prototipo ó *madre*, como ellos le llamaban, lo que miraban como sagrado, pues que formaba en cierto modo su esencia es-

mo cosas sagradas, pero no de adoracion, se encuentra contradi-

chada por Ondegardo, Rel. Seg., MS.,—Dec. de la Aud. Real., MS.,—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 3,—Gomara, Hist. de las Ind., cap. 121.—y podria añadir, por casi todos los escritores de autoridad que he consultado. La contradice tambien en cierto modo la confesion del mismo Garcilaso, de que los Indios personificaban todos estos objetos considerándolos como seres animados, y como á tales les dedicaban templos, con sus imágenes figuradas del mismo modo que la del Sol en el suyo. A la verdad que los esfuerzos del historiador para reducir el culto de los Incas al del Sol, no se concilian muy bien con lo que en otro lugar dice del homenaje que rendian sobre todos al Pachá-

mac y á Rimac, el oráculo de la gente comun. La mitología peruana era probablemente semejante á la del Hindostan, en donde á la sombra de dos, ó cuando mas tres deidades principales, se reunia otra multitud de inferiores que la nacion adoraba como personificaciones de los varios objetos de la naturaleza.

11 Ondegardo, Rel. Seg., MS,

Estos objetos sagrados se llamaban *huacas*, palabra de amplísimo significado, pues que denotaba un templo, una tumba, cualquier objeto natural notable por su tamaño ó su forma; en suma, una muchedumbre de significados, que por su sentido contradictorio han introducido una confusion incalculable en los escritos de los historiadores y viajeros.

piritual.¹² Pero su sistema religioso, lejos de limitarse á esta multitud de objetos de devocion, era bastante ámplio para admitir todavía las numerosas deidades de las naciones conquistadas, cuyas imágenes eran llevadas á la capital, y allí costeaban las respectivas provincias los crecidos gastos de su culto. Este era un notable rasgo de política de los Incas, que así sabian conciliar su religion con sus intereses.¹³

El culto del Sol era sin embargo el principal objeto de la atencion de los Incas, y gastaban en él sumas inmensas. El mas antiguo de tantos templos como habia dedicados á esta divinidad, estaba en la isla de Tititaca, de donde suponian que habian salido los divinos fundadores de su dinastía. Por esta circunstancia era este templo

12 "La orden por donde fundaban sus huacas que ellos llamaban á las Idolatrias hera porque decian que todas criava el Sol i que les dava madre por madre que mostravan á la tierra, porque decian que tambien tenia madre, i al mais i á las otras sementeras i á las ovejas i ganado decian que tenian madre, i á la chocha ques el brevaque que ellos usan decian que el vinagre hera la madre i lo reverenciavan i llamavan mama agua madre del vinagre, i a cada cosa adoravan destas de su manera." Conq. i Pob. del Piru, MS.

13 Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Así parece que lo consideró el Licenciado Ondegardo. "E los idolos estaban en aquel galpon grande de la casa del Sol, y cada Idolo destes tenia su servicio y gastos y mugeres, y en la casa del Sol le iban á hacer reverencia los que venian de su provincia, para lo cual é sacrificios que se hacian proveian de su misma tierra ordinaria é muy abundantemente por la misma orden que lo hacian cuando estaba en la misma provincia, que daba gran autoridad á mi parecer é aun fuerza á estos Ingas que cierto me causó gran admiracion." Rel. Seg., MS.

objeto de una veneracion particular. Todo lo que le pertenecia, hasta los campos de maiz que rodeaban el templo y eran propiedad suya, participaban de su santidad. El producto anual se distribuia en pequeñas porciones entre los almacenes públicos, como una reliquia que habia de santificar el resto del acopio. El hombre que podia conseguir para su granero una sola mazorca de la cosecha sagrada, se consideraba feliz.¹⁴

Pero el mas famoso de los templos Peruanos, el orgullo de la capital y la maravilla del imperio, estaba en el Cuzco, y con las ofrendas sucesivas de los soberanos llegó á tal grado de riqueza, que le llamaban *Coricancha*, ó "barrio de oro." Se componia de un edificio principal y varias capillas y edificios subalternos que cogian una grande estension de terreno en el centro de la ciudad, rodeado todo de una tápia de piedra, de cuyo material eran tambien los edificios. La clase de trabajo era la misma de que ya se ha dado noticia al tratar de los otros edificios públicos de aquel pais, y tan bien ejecutado, que un Español que le vió en toda su grandeza, asegura que solo recuerda dos edificios de España, que en cuanto al trabajo de manos puedan compararse con éste.¹⁵ Y sin embargo, este sólido edifi-

14 Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 25.

15 "Tenia este templo en circun- cinto mas de quatro cientos pa- sos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy excelente de fina piedra, muy bien puesta y asen-

eso, magnífico bajo otros aspectos, estaba techado con paja!

El interior del templo era la parte mas digna de atención. Era verdaderamente una mina de oro. En la pared occidental se veía la imagen del Sol, en forma de una cara humana asomando por entre innumerables rayos de luz que partían en todas direcciones, del mismo modo que generalmente acostumbramos representar este planeta. La figura estaba grabada en una gruesa plancha de oro, casi cubierta de esmeraldas y piedras preciosas.¹⁶ La colocación de esta figura era enfrente de la puerta oriental, para que los rayos del sol naciente cayesen sobre ella luego que salía, llenando todo el aposento de una claridad al parecer sobrenatural, que reflejaban los infinitos adornos de oro incrustados en el techo y paredes. El oro era, en el lenguaje figurado de aquel pueblo, "lágrimas que lloraba el Sol,"¹⁷ y por todo el interior del templo brillaban

tada, y algunas piedras eran muy grandes y soberbias, no tenían mezcla de tierra ni cal, sino son el betun que ellos suelen hacer sus edificios, y están tan bien abradas estas piedras que no se es parece mezcla ni juntura ninguna. En toda España no he visto cosa que pueda comparar á estas paredes y postura de piedra, sino á la torre que llaman la Cachorra que está junto con la fuente de Cardoba; y a una obra

que ví en Toledo, cuando fui a presentar la primera parte de mi Cronica al príncipe D. Felipe." Sarmiento, Relación, MS., c. 24.

¹⁶ Conq. i Pob. del Piru, MS.—Cieza de Leon, Crónica, cap. 44, 92.

"La figura del Sol, muy grande, hecha de oro obrada muy primamente engastada en muchas piedras ricas." Sarmiento, Relación, MS., cap. 24.

¹⁷ "Tal oro así mismo decían

ban las láminas bruñidas y tachones del precioso metal. Las cornisas que rodeaban las paredes del santuario, eran del mismo material, y por el exterior daba vuelta á todo el edificio una ancha faja ó friso de oro embutido en las piedras.¹⁸

Cerca del edificio principal había varias capillas mas pequeñas. Una de ellas estaba dedicada á la luua, deidad que reverenciaban en segundo lugar, como madre de los Incas. Veíase allí esculpida su figura, á semejanza de la del Sol, en una gran lámina que cogía casi todo el frente del aposento. Pero esta lámina era de plata, lo mismo que los demás adornos del edificio, como mas conveniente á la apacible y plateada luz de este hermoso planeta. Había otras tres capillas; una dedicada á la multitud de estrellas que forman la luciente comitiva de la Hermana del Sol; otra á los temibles ministros de la venganza divina, el trueno, y el relámpago, y la tercera al arco-iris, cuya hermosa imagen se veía pintada en la pared del edificio, con colores casi tan vivos como los suyos propios. Además había otros varios edificios aislados, para habitación

que eran lágrimas que el sol lloraba." Conq. i Pob. del Piru, MS.

¹⁸ Sarmiento, Relación, MS., cap. 24.—Antig. y Monumentos del Perú, MS.

"Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo

i medio de ancho, i lo mismo tenían por de dentro en cada bohío ó casa y aposento." (Conq. i Pob. del Piru, MS.) "Tenía una cinta de planchas de oro, de ancho de mas de un palmo enlazadas en las piedras." Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

del gran número de sacerdotes dedicados al servicio del templo.¹⁹

Todos los vasos, adornos, y utensilios de cualquiera especie destinados á unos religiosos eran de oro ó plata. En el salon principal se veian doce inmensos vasos de este último metal llenos de grano de maiz;²⁰ los incensarios para los perfumes; las vasijas para llevar agua, las cañerías subterráneas que la conducian al templo y los depósitos en que se recojia, hasta los instrumentos de agricultura para el cultivo de los jardines, todo era de tan preciosa materia. En los jardines, á semejanza de los ya descritos al tratar de los palacios reales, brillaban las flores de oro y plata con otras imitaciones del reino vegetal. También habia animales, entre los que se hacia notar el *llama* con su lana de oro, ejecutados por el mismo estilo y con tanta perfeccion, que no se sabia que admirar mas, si lo precioso del material ó la destreza del artífice.²¹

¹⁹ Sarmiento, Relacion, MS., cap. 24.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 21.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

²⁰ "El bulto del Sol tenian muy grande de oro, i todo el servicio desta casa era de plata i oro, i tenian doce horones de plata blanca que dos hombres no abrazarian cada uno quadrados, i eran mas altos que una buena pica donde echavan el maiz que havian de dar el Sol, segun ellos

decian que comiese." Conq. Pob. del Piru, MS.

Como hasta los mas crédulos podrian tener alguna dificultad en conformarse con el tamaño que señala este escritor, he preferido no cargar con la responsabilidad de fijar las dimensiones.

²¹ Levínus Apollonius, fol. 38.—Garcilaso, Com. Real., Parte 1, lib. 3, cap. 24.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

Si el lector cree ver en esta maravillosa pintura, tan solo una descripción romántica de algun fabuloso *El Dorado*, debe tener presente lo que ya queda dicho al hablar de los palacios del Inca, y considerar que en estas que llamaban "Casas del Sol" venian á reunirse las ofrendas públicas y privadas de todo el imperio. La credulidad en unos, y el deseo de causar admiracion en otros, pueden haber producido una grande exageracion en las relaciones; pero estando unánimes los testimonios contemporáneos no es facil señalar á punto fijo la linea hasta donde debe llegar nuestro escepticismo. Lo cierto es que la deslumbrante pintura que yo he hecho, está apoyada en el testimonio de los que vieron estos edificios en todo su esplendor, ó poco despues de haber sido despojados por la codicia de sus paisanos. Muchos de los objetos de valor fueron enterrados por los naturales, ó arrojados á los rios y lagos; pero quedaron los suficientes para atestiguar la antigua opulencia de estos monumentos religiosos. Las cosas portátiles desaparecieron muy en breve para apagar la sed de oro de los Conquistadores, que hasta arrancaron las sólidas cornisas y frisos de oro, del templo mayor, llenando el hueco con yeso; material mas barato, pero mas duradero, puesto que no tentaba la codicia. Y aun despues de despojados de su antiguo esplendor, estos vene-

rables edificios, todavía incitaban al pillage, pues sus dirruidas paredes eran una cantera inagotable para la construcción de nuevos edificios. En el mismo sitio en que brilló en un tiempo el espléndido Coricancha, se levanta ahora la magestuosa iglesia de Santo Domingo, uno de los edificios mas magníficos del Nuevo Mundo. Donde antes brillaron los jardines de oro del templo, florecen ahora el maiz y la alfalfa, y el fraile entona los salmos en el sagrado recinto que en otro tiempo ocuparon los hijos del Sol.²²

Ademas del gran templo habia una infinidad de templos inferiores y casas religiosas, tanto en la capital como en los alrededores, en número, segun dicen, de trescientos ó cuatrocientos;²³ porque el Cuzco era un lugar sagrado, que veneraban no solo como habitacion de los Incas, sino tambien como la de todas las deidades que regian á las infinitas naciones del imperio. Era la ciudad favorita del Sol, en donde se conservaba su culto con todo esplendor, y en donde, como dice un antiguo cronista, "no habia fuente ni paso ni pared que no dicesen que tenia misterio."²⁴ Y el Indio noble que á lo menos una vez

²² Miller's Memoirs, vol II. ellos." Ondegardo, Rel. Prim. p. p. 223-4. M S.

²³ Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 4, cap. 8.

"Habia en aquella ciudad y lengua y media de la redonda quatrocientos y tantos lugares, donde se hacian sacrificios, y se gastava mucha suma de hacienda en

²⁴ "Que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de Dioses, é ansi nó habia en toda ella puente ni paso ni pared que nó, dicesen que tenia misterio." Ondegardo, Rel. Seg., MS.

en su vida no habia hecho su peregrinacion á la Meca del Perú, se consideraba desgraciado.

En las provincias habia otros templos y casas religiosas, y algunos llegaban á rivalizar en magnificencia con los de la capital. Las personas ocupadas en el servicio de estos últimos, formaban por sí solas un ejército. A cuatro mil llegaba el número de las empleadas en Coricancha solamente, incluso los sacerdotes.²⁵

La cabeza de todos, tanto en la capital como en el resto del imperio, era el Sumo Sacerdote, llamado *Villac Umu*. Solo al Inca era inferior en dignidad, y regularmente era elegido de entre sus hermanos ó mas cercanos parientes. El monarca le nombraba, y su empleo era vitalicio, siendo él quien á su vez nombraba todas las dignidades inferiores de su clase, que era muy numerosa. Los individuos de ella que oficiaban en el Cuzco en la casa del Sol, se escogian precisamente de la raza sagrada de los Incas. Los ministros de los templos de las provincias se tomaban de las familias de los Curacas; pero el empleo de gran sacerdote en cada distrito estaba reservado para un individuo de la sangre real. Esta disposicion tenia por objeto conservar la

²⁵ Conq. i Pob. del Piru, Cieza de Leon, llegaban á 40,000. MS. (Crónica, cap. 89.) Parece que

todo cuanto pertenecía á estas casas del Sol era en grande escala. Los sacerdotes y sirvientes empleados en el famoso templo de Vilcas en el camino de Chile, formaban un ejército, si como dice un error, y deberá leerse 4,000.

pureza de la fe, y evitar cualquiera alteracion que pudiera introducirse en el pomposo ceremonial que esta exigia.²⁶

El orden de los sacerdotes, aunque numeroso, no tenia insignia ó traje particular que lo distinguiese del resto del pueblo. Tampoco era el depositario de los limitados conocimientos de aquella nacion; no tenia á su cargo la instruccion pública, ni menos desempeñaba aquellas funciones parroquiales, si así pueden llamarse, que ponen al sacerdote en íntimo contacto con el pueblo, como sucedia en Méjico. Esta singularidad debe atribuirse probablemente á la existencia de una clase superior, como era la nobleza inca, en la cual la santidad del origen sobrepujaba de tal modo á todos los honores que los hombres pudiesen conferir, que en cierta manera monopolizaba toda la veneracion religiosa del pueblo. Este era verdaderamente el orden sagrado de la nacion. Cualquiera de sus individuos podia entrar á ejercer las funciones sacerdotales, como muchos lo hicieron, y sus insignias y privilegios eran demasiado conocidos para que fuese necesaria otra distincion que les separase del resto del pueblo.

²⁶ Sarmiento, Relacion, MS., cap. 27.—Conq. i pob. del Peru, MS.

Los sacerdotes segun Garcilaso solo se mantenian por cuenta del Sol mientras estaban empleados en el servicio del templo. Cuan-

do no lo estaban debian mantenerse de sus propias tierras que, si no se equivoca el autor, se les repartian del mismo modo que el resto de la nacion. Com. Real, Parte 1, lib. 5, cap. 8.

Las obligaciones del sacerdote se limitaban á servir en el templo, y ni aun su asistencia allí era continua, sino que pasado cierto tiempo le relevaba otro compañero, sucediéndose así por turno. Toda su instruccion se reducía á estar bien impuestos de los ayunos y fiestas religiosas, y de las ceremonias que á cada una correspondian. Por frívolo que parezca tal empeño, no era empresa muy fácil, si se considera que el ritual de los Incas prescribia una multitud de prácticas tan complicadas y minuciosas como nunca las hubo en ninguna otra nacion cristiana ó idólatra. Cada mes tenia su fiesta, ó fiestas, por mejor decir. Las cuatro principales estaban dedicadas al Sol y correspondian á las cuatro épocas mas notables de su revolucion anual, los solsticios y los equinoccios. Acaso la mas solemne de las festividades nacionales era la del *Raymi*, que se celebraba en el solsticio de estío, cuando el Sol, despues de haber llegado al estremo meridional de su carrera, volvia para atras como para alegrar con su presencia los corazones de su pueblo escogido. Al acercarse este tiempo, todos los nobles de los diversos puntos del imperio acudian á la capital á tomar parte en aquella gran festividad religiosa.

Desde tres dias antes se observaba un ayuno general y no se permitia encender fuego en las habitaciones. Llegado el dia de la fiesta, el In-